

EL TABLERO

RICARDO BLANCO

Arquitecto. Docente de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, donde fue creador y Director de la carrera de Diseño Industrial. Profesor de las universidades de Mar del Plata, Cuyo, Córdoba, San Juan y Santa Fe. Es Académico de Número de la Academia Nacional de Bellas Artes. Fue docente de la Facultad de Bellas Artes, UNLP, y tuvo a su cargo la realización de los tableros que se utilizan en la carrera de Diseño Industrial.

En 1968 comencé a trabajar como docente en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, donde permanecí por veintitrés años. Un tiempo después de haber ingresado, aproximadamente entre los años 1971 y 1972, se decidió realizar parte del equipamiento para la carrera de Diseño Industrial y, como era de esperar, le encargaron a los docentes de ese Departamento que se ocuparan del mobiliario. Como titular del taller, asumí confeccionar las mesas de dibujo, es decir, los tableros, que perduran allí hasta la actualidad.

Los condicionantes que había determinado para hacer el trabajo fueron la factibilidad y el bajo presupuesto. Por ese entonces, en mi práctica profesional estaba diseñando muebles de caño curvado, así que comencé por lo que conocía. Fui a ver a mis proveedores y les solicité los presupuestos. Al hacerlo descubrí algo que me sirvió para siempre: los proveedores fijan el precio de su trabajo según la pieza que realizan y el entorno en el que se mueven; mi entorno era el de los muebles caros, y por lo tanto cada estructura era bastante costosa.

Como conocía el mercado, busqué a alguien que tuviera caños curvados de esa sección, que en ese momento no solían utilizarse para fabricar muebles costosos, y frente al Matadero de Buenos Aires encontré el taller de un proveedor de calderas que cobraba por el metro de caño y no por el trabajo posterior. Fue así como decidí hacer una estructura sin soldaduras; toda la base era un caño continuo. Primero se planteó como una estructura en voladizo —yo la había fabricado para mi estudio pero con caño de gran espesor de pared—, por lo tanto reduje el espesor, pero el tablero se convirtió en una mesa medio “flan”. Entonces, cambié la posición, la volqué y quedé con las cuatro patas y con los apoyos como patines.

Este problema, que se solucionó rápidamente, me dio la idea de hacer una mesa reclinable. De allí que, donde termina la estructura, el caño recibe un complemento que

permite inclinar el tablero (recurso que no se si se usó alguna vez y tampoco sé si se siguió haciendo alguno). La mesa, a diferencia de lo que sucedía en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires —en la que estudié—, no fue pensada para ser utilizada con bancos altos sino con sillas regulares; la altura de mis mesas de trabajo es más baja que la de una mesa común (63 cm), de modo que uno tiene la posibilidad de ver grandes dibujos estando sentado.

Decidir cómo armar el tablero fue fácil. Fuimos a una fábrica de puertas placas y logramos tableros baratos que tenían las dimensiones de una puerta y estaban hechos de madera terciada. Hubo una evolución en cuanto al uso y las finalidades de los tableros. Primero se usó el tablero alto, como los antiguos de dibujo; después, la mesa, porque era más cómoda para levantarse. En la actualidad, habría que pensar un sistema que permita soportar las laptops que utilizan los alumnos en clase.